



Vol. 10, No. 2, Winter 2013, 420-424
www.ncsu.edu/acontracorriente

Review/Reseña

Graciela Montaldo. *Zonas ciegas. Populismos y experimentos culturales en Argentina*. Buenos Aires: Fondo de Cultura económica, 2010.

Modos de la visibilidad

Paola Cortes Rocca

Universidad Tres de Febrero/CONICET

La frase “zona ciega” pertenece al mundo del tránsito y de los manuales que alguien debe leer para sacar su carnet de conducir; define esa zona al costado de un auto en el que puede ubicarse otro automóvil sin que sea visible desde el primero. El otro no se oculta, está absolutamente visible y al lado pero no lo vemos usando los dispositivos habituales de la visión, el espejo retrovisor, los espejos laterales. Para ver al que está al lado, en esa zona ciega, deberíamos hacer algo que es paradójicamente extraño en este contexto y absolutamente cotidiano en el resto de nuestra vida de no-conductores de automóviles: girar la cabeza.

En su último libro, *Zonas ciegas. Populismos y experimentos culturales en Argentina*, Graciela Montaldo reúne una serie de artículos que abordan objetos diferentes, que fueron escritos en momentos diversos y respondiendo a pedidos también distintos. Hay versiones finales de ensayos leídos en Caracas y Estados Unidos, en el 2008 y el 2009, textos que aparecieron en volúmenes colectivos publicados en el 2004 y el 2005, un ensayo que apareció en la revista *Confines* hace tres años. Esta clase de libros, que en lugar de ser pensados desde el principio como una unidad, reúnen artículos se consideran habitualmente trabajos laterales en la “obra” de la crítica. Sin embargo, es posible verlos, muy por el contrario, como el tipo de objeto que da en el centro del trabajo intelectual, movido por la curiosidad, la dispersión y las ganas de intervenir en los debates del presente.

Esbozo aquí una enumeración posible de los temas que aborda cada artículo de *Zonas ciegas*, de Graciela Montaldo: la relación entre nación y cultura; la escena populista de la década del 20; Borges; la formación de valor estético en clave de cultura universal; el después de la dictadura en los 80s; Aira; las escrituras del presente y la cuestión de la autonomía. Encontrar en ellos ciertas constantes, ciertos vectores, ciertos puntos de intensidad compartida y reunir esa enrancia en un libro es producir un trabajo de reflexión sobre la tarea, los objetos, las pasiones y los vocabularios de la crítica. Me permito incluso un exabrupto psicoanalítico: este tipo de libros, son algo así como el inconsciente de la razón crítica. Dan cuenta de aquellas intensidades y objetos de deseo que un crítico—Graciela Montaldo en este caso—persigue siempre, incluso sin saberlo, como si se abandonara a los rituales que marcan los afectos y las pulsiones.

Montaldo ensaya un (su) recorrido de lectura en el prólogo. Ella elige dos núcleos que, repite en el título y que subrayan ciertas constancias—o mejor aún—practican ciertas fidelidades. Por un lado, aquí está el escenario de la modernización y sus grandes protagonistas: una escena, que se gesta en la cultura finisecular con el modernismo y que se repite—para citar otro momento que abordan los ensayos—a mediados del siglo, cuando el cánón estético nacional se especifica, justamente a partir de exhibir aspiraciones de universalidad. Se trata de una escena marcada por

la mercantilización de la cultura o la aparición de un público lector en tensión con—y a la vez constituido por—la bohemia. Lo que podríamos llamar, el ingreso a cultura de las masas o la emergencia de una cultura para las masas. El problema de la multitud, la masa, las retóricas populistas y su constitución del pueblo como nosotros en oposición a un ellos o la noción de comunidad de Esposito—en la que lo común es justamente aquello que reúne a una serie de sujetos a partir de aquello que les falta a todos o partir de lo que nadie tiene—: estos son los lugares a los que Graciela Montaldo vuelve una y otra vez, ensayando revisiones y reingresos, a partir de objetos tan diversos como el primer film de animación argentino de 1917 o el discurso higienista.

Por otro lado, el libro se organiza alrededor de otro núcleo que tiene que ver con los experimentos y con la zona ciega. La escritura de Montaldo aborda la experimentación y lo experimental como un campo de problemas, un modo de intervención en el que lo estético se piensa “como un atributo más que como un sustantivo” (22). Y lo hace con la certeza de que allí se juega algo del orden de lo clandestino o de la experimentación. O mejor aún: con la certeza de que el carácter estético y experimental de ciertos objetos, fenómenos o prácticas adquiere mayor brillo o mayor productividad cuando (o porque) toma lugar, precisamente, en esa zona ciega, en ese espacio en el que “es difícil ser visto por los otros” (14).

Esta lectura, la que propone la autora en el prólogo y en el título *Zonas ciegas. Populismos y experimentos culturales en Argentina*, permite reconocer ciertas preocupaciones teóricas que se identifican, también, como constantes en la historia cultural argentina. Por ejemplo, rastrear la cuestión de la autonomía estética no sólo como espacio de producción, circulación y recepción de ciertas prácticas y de asignación de legitimación y valor a ciertos objetos, sino también, tal como lo propone *Zonas ciegas*, como “ficción identitaria”, como relato que permite definir al intelectual precisamente como aquel que tiene la responsabilidad y el derecho de intervenir en el proceso político. Una ficción—sugiere Montaldo en el ensayo “La escena populista”—que los populismos desmontan mostrando “hasta qué punto no hay un afuera para la relación

cultura(estética)/política” al mismo tiempo que evidencian el carácter articulador de ese vínculo “que funda toda práctica cultural moderna” (68).

Podríamos agregar algo que, además, nombraría la tarea de cierta crítica estética o cultural que busca intervenir en la cultura o en el campo estético en términos política, reconociendo justamente que no hay afuera de esa relación. Se trata justamente de la detección de zonas ciegas. Esas zonas ciegas no involucran necesariamente la elección de objetos o prácticas más o menos experimentales o clandestinas; más bien tienen que ver con el diseño de una constelación de detalles, incrustados en objetos muy distintos y que, al ser puestos en diálogo, señalan zonas de intensidad o experimentación, que no están ocultas, sino que se ubican ahí, al costado, y justamente por eso, pasan desapercibidas. Vale como ejemplo el de “Los misterios del anonimato”, un ensayo en el que se señalan los modos en que Borges cambia radicalmente los hábitos de escritura y lectura de la cultura argentina. Allí Montaldo elige una rareza, una peculiaridad de la escritura borgeana. Se trata del aviso promocional de *Selecciones* aparecido en la misma revista y reproducido en el libro de Nicolás Helf y Alan Pauls. En el aviso, Borges elogia el placer de lo heterogéneo que caracteriza a la revista y también a los atlas y las enciclopedias, une ese placer con el ocio y finalmente concluye que cumple, en nuestro tiempo apresurado, el mandato clásico de enseñar divirtiendo. Montaldo encuentra allí, en este elogio de un escritor consagrado (el aviso es de 1967 y está firmado por Borges, “poeta y cuentista argentino mundialmente celebrado”), un nudo entre nombre, autoridad, prestigio, firma, autoría, escritura para multitudes y prosperidad editorial. Se trata de algo más que el encuentro entre la vanguardia y la industria cultural.

Los problemas que la escritura de Montaldo rastrea, los pormenores con los que se fascina, las cuestiones que la—y nos—seducen, están en estos detalles que como el texto firmado por Borges, no se ocultan para nada y están absolutamente visibles en el carril del costado, en esa zona ciega que el manual de tránsito literaliza como un instante en el que un auto ocupa un espacio particular, junto a nuestro lado y sin embargo no se ve. La lucidez de cada uno de los ensayos de este libro y de las constancias que los une consiste justamente en instalar la tarea de la crítica precisamente en

esas zonas ciegas de la cultura, en ese desarreglo temporal entre cada presente y los aparatos de percepción cultural o las condiciones de visibilidad política que presente construye para darse sentido. La elegancia de la escritura de Graciela Montaldo reside en hacer de esa tarea algo supuestamente sencillo, casi elemental, como el gesto de girar la cabeza.